

# Los pozos de agua del desierto<sup>1</sup>

José Luis Gómez

Arch. Argent. Dermatol. 57:135-136, 2007

El verano recién comenzaba.

Acabábamos de arribar a un campamento tuareg, conocido porque posee una escuela coránica famosa. De inmediato, por orden del jefe, cuatro viejas esclavas bellahs<sup>2</sup> comenzaron a cavar hoyos en la arena con palos de punta afilada y con las manos. Al rato, nuestra tienda estaba levantada. Era de cuero de cabra y tenía forma poligonal, con dos lados opuestos recogidos para que pasara el aire. El calor era agobiante desde las primeras horas de la mañana. El sol descendía como una llovizna de fuego y se elevaba del suelo como de una tierra abrasada.

Decidimos esperar la tarde para empezar a trabajar.

Para el almuerzo nos hicieron llegar, entre otras cosas, una cabeza de cordero asada, plato selecto y delicado que no siempre se ofrece a los invitados. Pasamos la siesta tendidos en nuestros catres, aplastados por la alta temperatura, sin realizar un solo movimiento innecesario y recibiendo, de vez en cuando, una brisa ardiente pero asimismo refrescante. Cuando el sol bajó lo suficiente del cenit, dimos comienzo a la consulta.

Después de haber visto a los enfermos que se presentaron, el jefe nos pidió que visitáramos a dos familiares suyos que vivían en un campamento vecino, cuyo jefe era su propio hermano. Fuimos a pie, acompañados por mucha gente que no tenía nada mejor para hacer.

Los pacientes eran hijos del jefe local, una chica y un muchacho adolescentes. Ambos se condujeron con una dignidad tal que ni aún el fuerte acceso de paludismo que los afectaba logró disminuir el orgullo y soberbia con que se comportaron.

Esa noche se terminó el agua potable en nuestra tienda y, para no molestar a la gente del campamento, conociendo las distancias que en el desierto se deben recorrer para llegar hasta ella, enviamos al peón con el aprendiz de chofer en el Land Rover hasta el pozo más cercano. Regresaron diciéndonos que los pastores que daban de beber a sus animales se habían negado a llenar los recipientes. Resolvimos ir todos, con el guía árabe que nos acompañaba, su fusil en bandolera. Nos zambullimos en la noche, en medio de un calor todavía abrumador. Iluminados por los faros del vehículo, los elementos del paisaje, rocoso y vegetal, parecían estar entrelazados, librando una desgarradora lucha a muerte.

Cuando llegamos -después de recorrer unos cinco kilómetros-, el espectáculo que se nos presentó fue cautivante. Cientos de animales mugiendo, balando y bramando, esperando el momento de acercarse hasta el agua, en medio de nubes de polvo anaranjado. El chofer avanzó lentamente con el transporte entre las bestias, como por una sofocante selva de cuadrúpedos, hasta alcanzar el brocal del pozo, donde el precioso líquido es extraído a mano, mediante una soga y una roldana, con un enorme balde de cuero, por fornidos hombres armados con largos cuchillos que llevan en la cintura, como casi todos los nómadas, por otra parte. Sus mujeres lavan la ropa en una batea y los niños, desnudos y con las cabezas casi enteramente afeitadas, juegan entre las piernas de sus madres con el agua que se derrama, formando charcos. Todos ellos, hombres y mujeres, se manifiestan con gestos y actitudes arrogantes, conducta que es llevada como el pendón heredado de sus antepasados y reconquistado día a día en su dura batalla contra el desierto y el sedentarismo.

Después de algunas explicaciones que terminaron en carcajadas por ambas partes, los pastores consintieron en llenar nuestros receptáculos, pero sin dejar de calmar la sed de su ganado, el que se mostraba inquieto a nuestro alrededor por la proximidad del agua, arañando la tierra, resoplando, bufando y sacudiendo las cornamentas.

De repente, se cortó la cuerda que sostenía el balde, cayendo éste al fondo del pozo, el que tendría unos quince metros de profundidad. En pocos minutos, los nómades prepararon un lazo fijo con una soga nueva, donde puso los pies un chiquillo, que fue descendido rápida-



Fig. 1: Campamento tuareg en horas de mucho calor.

<sup>1</sup> El autor se refiere al Sahel, parte periférica del Sahara.

<sup>2</sup> Etnia de la región, de menor categoría social que los targui.



Fig. 2: Un burro acarrea agua, sostenida debajo de su abdomen.

mente hacia el fondo, alumbrado por la luz de varias linternas y acompañado por el chirriar de la roldana. El chico recogió el balde y fue ascendido a la superficie,

siendo recibido con aplausos y gritos.

En los meses de mayor calor, se saca el agua de los pozos durante las veinticuatro horas del día, hasta que a veces se secan. Entonces, debe esperarse a que vuelva a brotar. Es la época del infierno en el desierto, cuando mueren de sed los animales y los hombres con poca experiencia, aunque no forzosamente. A veces, alguien socorre a unos u otros.

Cargados con el agua los recipientes que llevamos, agradecemos y partimos. Otros pastores esperaban su turno con tropas y rebaños, a los que mantenían apartados de los ajenos a fuerza de bastonazos, gritos y corridas. Aportaban consigo sus propias cuerdas, la roldana y sus baldes.

Ya en el campamento, estirados en nuestros catres, tomando té y escuchando relatos de personas extraviadas en el desierto, la caliente noche sin luna parecía la más tranquila del planeta. Sin embargo, allá, cerca, el ritmo de la vida era casi desesperado.

Y el verano recién comenzaba.